

DOSSIER

GENERACIONES Y MEMORIA DE LA REPRESIÓN FRANQUISTA: UN BALANCE DE LOS MOVIMIENTOS POR LA MEMORIA

5. MOVIMIENTOS Y ASOCIACIONES POR LA RECUPERACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA: BALANCES Y PERSPECTIVAS

***LA MEMORIA Y LA ESCUCHA, LA RUPTURA DEL MUNDO
Y EL CONFLICTO DE MEMORIAS***

***REMEMBERING AND LISTENING, THE RUPTURE OF THE
WORLD AND THE CONFLICT OF MEMORIES***

Ignacio FERNÁNDEZ DE MATA

Profesor de Antropología Social – Universidad de Burgos

igfernan@ubu.es



■ **Ignacio FERNÁNDEZ DE MATA: *La memoria y la escucha, la ruptura del mundo y el conflicto de memorias.***

RESUMEN

Desde una perspectiva antropológico-social, el artículo se centra en la experiencia de sufrimiento (y su gestión) de quienes quedaron definidos como perdedores o vencidos desde los inicios de la rebelión militar de 1936 en lo que dio en llamarse “zona nacional”. El drama vital de la represión franquista, junto a una largamente pospuesta atención a las víctimas, ha generado graves conflictos personales que aparecen a la hora de recuperar estas memorias, haciendo necesario desarrollar una metodología específica para la recogida y análisis tanto de los recuerdos como de lo olvidado. El trabajo acuña varias categorías analíticas, destacando la denominada “la ruptura del mundo”, con la que se trata de comprender los efectos de la irrupción de una inesperada cultura del terror y sometimiento que ha marcado la vida de las víctimas. Otra de las secciones del estudio se ocupa de las explicaciones o “lógicas” que se manejan socialmente para “explicar” la represión y dar sentido a las muertes de los popularmente llamados *fusilados*.

El texto se cierra tratando el conflicto de las distintas –a veces paradójicas– memorias convergentes en los procesos de las exhumaciones practicadas en las fosas comunes de nuestra área de estudio.

Palabras clave: Guerra Civil española, Represión y Memoria traumática, Ruptura del mundo, Lógicas de la violencia, Conflicto de memorias

ABSTRACT

Using a social-anthropological approach, this article focuses on the experience of suffering (and its management) of those categorized as defeated and immediately repressed in the so called “national zone” erected during the first days of the 1936 military insurrection. The vital drama that Francoist repression supposed for the defeated, plus the long period of silencing and ignoring its victims, has generated deep and serious traumas that surface at the moment of recalling these memories, requiring the development of a specific methodology to gather and analyze both what is remembered and what is forgotten. The essay coins several analytical categories, such as “the rupture of the world,” used to describe the unexpected eruption of a culture of terror and submission that marked the victims’ lives and severed the relations and values that had characterized traditional communities. Another section attends to the explanations or “logics” used by different groups in society today and in the past for “explaining” the levels of extreme violence reached by the insurrection. The text ends addressing the present-day conflicts between the different and often paradoxical memories that have emerged especially following the processes of exhumation of various mass graves in our research area.

Key words: Spanish Civil War, Repression and Traumatic Memory, Rupture of the World, Logics of violence, Conflict of memories.

LA MEMORIA Y LA ESCUCHA, LA RUPTURA DEL MUNDO Y EL CONFLICTO DE MEMORIAS

Ignacio FERNÁNDEZ DE MATA

Profesor de Antropología - Universidad de Burgos

igfernan@ubu.es

I. LA MEMORIA Y LA ESCUCHA

I.1. El surgimiento

Con un marco internacional de amplio desarrollo de los estudios sobre la memoria, del análisis de las experiencias traumáticas y genocidas del pasado reciente y una progresiva aceptación global de los principios de los Derechos Humanos, en España se ha dado el surgimiento del movimiento social referido como Recuperación de la Memoria Histórica —en expresión prácticamente contradictoria— a partir de la cuestión de las fosas comunes del franquismo¹. La irrupción benjaminiana en el presente de este conflicto histórico, con una importante base social demandante de atención y estudio, ha sido toda una sorpresa —especialmente para observadores extranjeros—, una asombrosa agitación de conciencias aletargadas, una muestra de los profundos cambios operados en la sociedad civil española y, sobre todo, del calado e importancia de los conflictos de la memoria.

¹ Hasta la fecha, el Equipo del Grupo de Investigación “Violencia, Conflictos Civiles y Guerra”, de la Universidad de Burgos (<http://www.ubu.es/investig/grupos/AS-1/index.htm>) que dirijo, ha llevado a cabo una de las exhumaciones numéricamente más altas de las practicadas en España en un sólo término municipal —el de Aranda de Duero, con 127 cuerpos recuperados—, sin haber culminado el mapa de fosas identificadas en esta localidad. Nuestro equipo, integrado por arqueólogos, forenses, historiadores y antropólogos culturales, trata de realizar conjuntamente a las tareas de servicio social —recuperación e identificación de los cuerpos de las fosas comunes— varios proyectos de investigación sociohistórica sobre la construcción de la violencia genocida, la represión sufrida en la ciudad ribereña de Aranda de Duero, la experiencia de las víctimas, memorias traumáticas, la gestión de pasados conflictivos o problemas de identidad. Nuestros proyectos están referidos a la zona que quedó en manos de los militares sublevados en julio de 1936, es decir, no tanto la que conoció la guerra directamente como la represión. Los miembros del Equipo formamos parte también de la ARMH burgalesa y colaboramos activamente encargándonos de las exhumaciones que las asociación organiza en nuestra provincia. También participamos en la Coordinadora Regional para la Recuperación de la Memoria Histórica, que reúne a las distintas asociaciones que sobre este tema trabajan en nuestra comunidad autónoma de Castilla y León y que están vinculadas a la propia ARMH, al Foro por la Memoria y a Amnistía Internacional, tratando de influir sobre el gobierno regional para que asuma sus responsabilidades en este tema.

Casi 70 años después de los crímenes que dieron origen a la guerra civil, este movimiento asociativo ha sido el responsable de la mayor parte de las últimas exhumaciones de fosas de 1936, activador de las condenas parlamentarias de la dictadura, de ulteriores compromisos del gobierno de Rodríguez Zapatero para con las víctimas del franquismo y la guerra civil² y, desde luego, protagonista de la actual renovación popular de intereses sobre la guerra civil española otorgando nuevos espacios públicos a las voces excluidas del discurso de la memoria hegemónica.

La singularidad española viene no sólo del largo lapso de tiempo transcurrido desde los asesinatos hasta las actuales exhumaciones, sino muy especialmente de la larga duración de la dictadura franquista: casi 40 años de represión e imposición ideológica, de subyugación de los vencidos y las víctimas, de somatización del miedo. No por casualidad ha sido éste un movimiento iniciado por los nietos de las víctimas directas de la violencia extrema desatada en 1936. Más allá de la distancia generacional con los hechos, ésta es la generación que se ha formado en la España democrática y en los principios movilizados de la sociedad civil, jóvenes que desde el conocimiento familiar del sufrimiento heredado han protagonizado unas reivindicaciones de justicia social bajo la invocación formal de los principios de Derechos Humanos, para solucionar lo que hasta entonces fue un pasar de puntillas de todos los gobiernos de la transición³.

Los contactos del Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica con agrupaciones latinoamericanas dedicadas a la búsqueda de los *desaparecidos*, su independencia ideológica en el sentido de no estar adscritos a partidos políticos concretos y la coincidencia del momento histórico de su surgimiento con un período de fuerte encrespamiento social debido a las tensiones producidas por el último gobierno de José M^a Aznar —una calle alterada y ninguneada: fortísima oposición social desoída a la guerra de Irak, movimiento *nunca mais*, exaltación gubernamental del viejo nacionalismo español más excluyente, etc.— produjeron el ambiente propicio a la buena recepción de las demandas de los nietos de los *fusilados*⁴. El protagonismo mediático conseguido por las primeras exhumaciones leonesas de la ARMH venía precedido de las condenas y causas iniciadas por la Audiencia Nacional de Madrid en la persecución de los crímenes de las dictaduras militares latinoamericanas. El puchero nacional comenzaba su ebullición.

El movimiento ARMH merece un capítulo aparte que no podemos incluir aquí, con la complejidad de todo colectivo de amplia difusión⁵. Cabe señalar que aunque es el grupo

² Creación de la Comisión Interministerial para el Apoyo y Estudio de las Víctimas de la guerra civil y el franquismo.

³ Es habitual que el encaramiento de los hechos más terribles del pasado sean resueltos por la tercera generación. Las nuevas lecturas del pasado y el sentido de distancia temporal permiten una gestión más efectiva de las consecuencias y una mejor negociación de tales implicaciones con la identidad personal.

⁴ El uso del término fusilado es discutido por varios autores pues correctamente señalan que implica un juicio previo y una condena a tal tipo de ajusticiamiento. En el caso de las muertes que nosotros estudiamos no hubo juicio alguno, son puros asesinatos, sin embargo usaré ésta expresión por ser la que nuestros informantes invocan (a veces bajo el vulgarismo “afusilado”) aunque en cursiva.

⁵ Es bien conocida la historia del surgimiento de la ARMH en torno a la exhumación de una fosa con 13 cuerpos en la comarca leonesa de El Bierzo, en octubre de 2000, entre los que se encontraba el abuelo de Emilio Silva, el verdadero iniciador de estas demandas. La repercusión que este hecho tuvo en los medios de comunicación es lo que llevó a que el movimiento prendiera con gran fuerza en todo el país e iniciara una andadura que le llevó hasta la Comisión para las Desapariciones Forzadas

más extendido y reconocido no es el único colectivo implicado en estas tareas, otras muchas asociaciones vinculadas a la memoria de la guerra civil y el exilio ya existían en España o se han formado en paralelo a ésta, algunas vinculadas a partidos políticos —caso del Foro por la Memoria, del Partido Comunista de España— y no siempre resultan coincidentes en sus posturas y acciones⁶. De lo que no cabe duda es que del último *rebrote* social de interés y estudio por los efectos de la violencia de la guerra civil nace de la expansión y gestión de las reclamaciones que ha hecho la ARMH, desde el frontispicio de los DD.HH. —llegando a “despertar” a las instituciones más vinculadas a estos principios, caso de Amnesty International⁷— aun cuando dentro de la Asociación haya casos de otras corrientes subterráneas o intentos externos de apropiación del capital simbólico que surge de las fosas comunes⁸.

¿Qué buscan los familiares con las exhumaciones? En primer lugar resolver el duro trauma cultural de tener a los seres queridos enterrados en una fosa en el campo, “como si fueran animales” —expresión común entre los afectados—. Se trata de cerrar el ciclo cultural de una persona, de reintroducirla en la esfera social de la comunidad, que como es bien sabido está compuesta por la suma de vivos y muertos. Los muertos tienen culturalmente definidos los lugares de su ubicación y los espacios de relación con ellos, aquellos que consideramos propios para su recuerdo, honra y atención cumpliendo con los ritos, oraciones y homenajes preceptivos. Pero las familias de los asesinados en la retaguardia de la guerra civil nunca pudieron cumplir con este último deseo. No sólo se les ocultó la ubicación cierta de las fosas comunes, sino que se prohibió visitarlas y depositar flores en

de las Naciones Unidas, a incidir claramente en la clase política nacional consiguiendo que el 20 de noviembre de 2002 el parlamento español condenara por vez primera el régimen franquista y a ser objeto de un informe de apoyo por parte del Defensor del Pueblo español que atacaba duramente al gobierno de Aznar en octubre de 2003. La hábil gestión de sus fundadores, particularmente de Silva, con los medios de comunicación y la publicación de un libro de altísima difusión en Ediciones Temas de Hoy con el título de *Las fosas de Franco* (marzo de 2003), coadyuvó a esta expansión.

El funcionamiento de la asociación no responde a una coordinación muy activa, de forma que las distintas delegaciones o asociaciones locales funcionan con suma independencia y, lamentablemente, en ocasiones con enfrentamientos entre sí. Su alto poder mediático también les ha hecho receptores de personas que no siendo familiares de fusilados —como se planteó en un principio— han militado toda su vida en movimientos contraculturales y gustan del protagonismo que confieren las siglas.

⁶ Existen conflictos en cuanto a las actividades prioritarias de cada asociación —exhumación o rememoración mediante placas y monumentos— y el enfoque —judicialización o no—. Algunas de las disputas intergrupos han saltado a la plaza, particularmente a través de foros de internet en los que se pueden encontrar las expresiones más gruesas.

⁷ Así lo dejó claro el reciente informe de Amnistía Internacional: *España: poner fin al silencio y a la injusticia*. La deuda pendiente con las víctimas de la guerra civil española y del régimen franquista. Informe de Amnistía Internacional. 18 de julio de 2005. 78 págs. Puede descargarse en: http://www.es.amnesty.org/esp/docs/victimas_franquismo.pdf.

⁸ Corrientes subterráneas en el sentido de que la “recuperación de la memoria histórica de la República” pone en circulación valores o ideologías que desde el presentismo histórico que subyace a muchas de estas revisiones, se muestran críticos con la cotidianidad española, particularmente en lo tocante a la monarquía. Un ejemplo de ello es el caso del nuevo Ateneo Republicano de Valladolid, algunos de cuyos miembros más significativos son a su vez los representantes de la ARMH-Valladolid. En cuanto a la apropiación del capital simbólico de las fosas, en el caso de nuestro estudio, encontramos varios grupos de izquierda muy interesados y en ocasiones conflictivos para los familiares de los fusilados, bien por asunción de protagonismos injustificados, bien por presión sobre ellos pidiendo su voto en contraprestación a haber colaborado o apoyado que se exhumaran las fosas. Así lo he registrado en Aranda de Duero.

momento alguno —la guardia civil se encargaba de esta vigilancia—, además, como ya ha quedado señalado, se les prohibió a viudas, madres y demás seres próximos hacer públicamente duelo por estas muertes y vestir luto. En bastantes casos se ha tratado incluso de borrar toda prueba de la existencia de estos asesinados llegando a arrancar las páginas en las que estaban inscritos en los libros del registro civil.

La cuestión del reentierro es de una gran sensibilidad y fuerza simbólica⁹. En muchos casos median promesas hechas a unos padres de enterrar al hermano o al tío o al abuelo, y esa es la prisa mayor de las personas ancianas que quieren ver concluso todo esto para “poder descansar”. Son frecuentes afirmaciones de aquellos que estando en sus ochenta y noventa afirman que resolver esto “es lo que les mantiene vivos”.

Por tanto, la atención a las reivindicaciones de los afectados implica:

- a) el (re)conocimiento de los hechos y su violencia.
- b) la recuperación de los cuerpos. Reenterramiento, cierre del conflicto cultural.
- c) dignificación de las víctimas.
- d) exorcización del trauma. Liberación, heroización de las víctimas.
- e) consecución del respeto que posibilita la reconciliación.

Las fosas tienen una tremenda fuerza simbólica que posibilita, por primera vez, un respeto a las víctimas rompiendo el viejo discurso sobre buenos/justos = franquistas, y malos/sanguinarios = rojos, al mostrar la tremenda violencia que evidencian los huesos. De alguna forma, además de deshacer los discursos negacionistas sobre estos hechos, las fosas se convierten en espacios de mediación sobre la gestión del pasado.

Esta deconstrucción de la memoria hegemónica trae consigo, a mi juicio, la verdadera raíz de la reconciliación, aunque es un tema muy delicado en cuanto a su definición y posibilidades. Desde luego tiene mucho que ver con la afirmación de Walter Benjamin de la necesidad de “pasar a la historia un cepillo a contrapelo” y evitar así perpetuar sempiternamente la historia de los vencedores.

I.2. La memoria y la escucha.

“Hablo ahora porque antes nadie quiso escucharme...”, 67 años después del inicio de los crímenes esta era la explicación de una informante anciana al antropólogo con el que hablaba, lapidaria frase que señala dos cuestiones: silencio e incomprensión al estilo de aquel viejo dicho de que *no hay mejor sordo que el que no quiere oír*. Evidentemente esto nos sitúa ante un silencio impuesto desde el ejercicio del terror y el poder; y ante una sordera acomodaticia para los no afectados de una sociedad que vivió sobre un pliegue de sí misma —las víctimas— y que aceptó las tesis hegemónicas de la dictadura acallando así sus culpas y celos de consentidor con la violencia. Saber, conocer, hablar... se había

⁹ Un estudio clásico y de gran valor comparativo sobre el sentido de estos reenterramientos es el trabajo de Robert HERTZ. 1907. “Contribution à une étude sur la représentation collective de la mort. En *Année sociologique*, première série, tome X, 1907. Un extracto de este trabajo se incluye, con el título “A Contribution to the Study of the Collective Representation of Death”, en ROBBEN, A.C.G.M. (ed.) 2004. *Death, Mourning and Burial. A Cross-Cultural Reader*. Oxford: Blackwell Publishing. En la

tornado en problemático, en fuente segura de conflictos sociales pero también personales que nadie deseaba. Los latiguillos “eso pasó hace mucho”, “es mejor no mirar atrás”, “hay que pasar página” se han convertido en la frase que solventa toda posible discusión, enmascarando culpas y conciencias intranquilas.

Recordar —en español— es volver desde el sentimiento, desde el corazón —*cor*, en latín—. Su sentido se solapa con el de revivir, que sin ser posible en la repetición de la experiencia pasada, retoma las sensaciones que lo evocado produjo. Recordar es volver a sentir.

Cuando planteamos el estudio de las experiencias de violencia y terror sufridas a partir de 1936, nos enfrentamos al conflicto del estudio de una memoria traumática y oprimida, invisibilizada socialmente, lo que convierte su recuperación actual, la articulación verbal de su recuerdo, en algo sumamente problemático. En muchos casos porque, como veremos, nos enfrentamos a memorias infantiles en bocas de ancianos, en otros porque la transmisión del sufrimiento, del horror, del pánico, se convierte en algo sumamente difícil y complejo, a veces imposible¹⁰. Son experiencias inenarrables que pueden acudir a estrategias narrativas que faciliten su articulación, y en otras ocasiones a *performance* o representaciones corporales —no quiero llamarlo fingimiento porque es una cuestión más profunda— que provoquen en el interlocutor que los escucha o contempla la pena y compasión que no saben o pueden alcanzar con un discurso. Es el recurso a lo que Elaine Scarry llama el prelenguaje¹¹.

El recuerdo de la experiencia sufrida puede ser vívido o simplemente de un dolor brumoso en sus perfiles. En varios de los casos de nuestros informantes hemos encontrado el deseo de hablar, la promesa de darnos datos de “insospechada” intensidad, que finalmente se quedaban en apuntes generales, pues el dato en sí mismo se había desvanecido, no así el recuerdo del intenso dolor padecido. Cuando en agosto de 2003 visité a DAA en su casa de un pueblecito de la ribera del Duero próximo a Aranda, estaba acompañada de su amiga MCC, quien además de aportarla seguridad ante la visita del todavía extraño antropólogo, también “quería hablar”. La mitad del tiempo de la entrevista que hice a DAA, su amiga se lo pasó repitiendo a media voz “hay si yo contara, hay si yo contara...”. Finalizado el testimonio de DAA, pedí a MCC que me contara su historia, sus tantos datos que ella “sabía”. MCC no había sufrido la pérdida de un familiar fusilado durante la represión, pero había vivido como niña el terror desatado en julio de 1936, el ambiente de denuncias, persecuciones y asesinatos que siguió a la rebelión. De pronto, ante una actitud de escucha atenta, interesado como yo estaba por su experiencia de sufrimiento, MCC no supo qué contarme, sólo acertaba a decir que pasaron mucho, mucho miedo, que

misma obra véase el ejemplo argentino: ROBBEN, A.C.G.M. “State Terror in the Netherworld: Disappearance and Reburial in Argentina”.

¹⁰ “How is the unexpressable to be expressed? Trauma is inherently about memory and forgetting. Awful experiences, especially of loss, are impossible to forget because they are beyond normal human comprehension or existing schemata and cannot be assimilated into personal and collective narratives.” RICHARDS, M. 2002. “From War culture to civil society”. *History and Memory*. Bloomington. Volume 14, 1/2, Pages 93-120.

¹¹ SCARRY, E. 1994. *Resisting Representation*. New York: Oxford University Press. De la misma autora y sobre la experiencia del dolor y su comunicabilidad, especialmente en casos de tortura y maltratos: 1985. *The Body in Pain*. New York: Oxford University Press. Dentro de lo que se ha dado en llamar la cultura del dolor el libro de MORRIS, D. B. 1991. *The Culture of Pain*. Berkeley: University of California Press.

se llevaban a los hombres —repitió algún pasaje de la historia de DAA— y no pudo o supo aportar ningún “dato” nuevo sobre lo que había sucedido en el pueblo. Frustrada, entonces, rompió a llorar.

Son bastantes los casos de mis informantes en que el recurso al lloro *soluciona* el atolladero en que repentinamente se encuentran cuando sus testimonios no les convencen de estar transmitiendo la intensidad del sufrimiento padecido. Tantos años después, con sus historias siempre postergadas y excluidas de los discursos públicos, y cuando por fin van a ser escuchados se enfrentan a la inenarrabilidad de su dolor. Ganar la empatía del oyente mediante el recurso al prelenguaje —no necesariamente provocado, insisto, su llanto está plenamente justificado— es la única vía de expresión que sienten útil y sincera. Esta situación es una constante en los estudios sobre memoria traumática, repitiéndose sempiternamente el drama de la incomunicabilidad del horror, como han señalado autores como Frankl, Semprún, Levi y tantos otros¹². Por poner otro ejemplo de entre mis informantes: BSG, con más de 90 años, hermana de dos hombres asesinados entre agosto y octubre de 1936 —más un tercer hermano encarcelado—, no puede recordar ya datos de la vida de sus hermanos, de sus militancias, de sus relaciones o sueños. En sus testimonios, el recurso al lloro de BSG suele coincidir con los momentos de duda, de ausencia o quiebra del recuerdo, más que con los momentos exactos de la captura y desaparición de sus hermanos. El recurso al prelenguaje es una estrategia que soluciona el daño del paso del tiempo, el conflicto interior de no saber, el que la escucha haya tardado tanto en llegar. Y no sólo esta tardanza. Eric Stener Carlson narra en *I remember Julia* el conflicto que supone la definición de un familiar o amigo —quién era realmente—, la inaprensibilidad del sentido total de la vida de una persona para el caso de una *desaparecida* argentina¹³.

Hemos de darnos cuenta que las vivencias que atendemos hoy han supuesto una memoria traumática que ha dificultado enormemente la vida de las personas afectadas. Su origen está en una experiencia repentina, incomprensible y aterradora: aquella surgida de los asesinatos cometidos al calor de la rebelión militar de 1936, traducida en una total precarización de sus condiciones de vida, en la ruptura de todo posible apoyo y calor, en la percepción de una totalidad hostil que convertía cada momento de su vida diaria en fuente

¹² Véase también en tal sentido la novela *My First Sony*, de Benny Barbash, quien pone en boca de su protagonista de ocho años la decisión de su padre Asaf Lazar de abandonar su trabajo como escritor “fantasma” de memorias de ancianos supervivientes del Holocausto nazi. Allí señala: “These poor people... want to translate their experiences into a language which hasn’t yet been invented and will probable never be invented, and they rummage in the meager and narrow lexicon of words available to us, trying to find the formula which will express what they’ve been through, and in the end, the gap between what gets written and what they feel gives rise to frustration and resentment, and the entire project is doomed to failure from the word go, and Grandma’s continuing silence is apparently the only language which can tell that story, and Dad, who knows how to put words together but doesn’t know how to make sentences out of silence, decided to stop doing it”. BARBASH, B. 1999. *My First Sony*. London. Citado por Irish MILNER, 2003. “Writing and the Holocaust: Problematics of Representation in Second-Generation Literature in Israel”. *The Journal of Israeli History*, vol. 22, nº 1, pp. 91-108. Aquí, pág. 91.

De los autores citados, véanse los títulos de Primo Levi —1987. *Si esto es un hombre*. Barcelona: El Aleph Editores; 1988. *La tregua*. Barcelona: El Aleph Editores; 1989. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik Editores—, Víktor Frankl —1995. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder—, Jorge Semprún —1994. *El largo viaje*. Barcelona: Seix Barral; 1995. *La escritura o la vida*. Barcelona: Círculo de Lectores; 2001. *Viviré con su nombre, morirá con el mío*. Barcelona: Tusquets—.

¹³ CARLSON, E. S. 1996. *I remember Julia*. Philadelphia: Temple University Press.

de incertidumbres, inseguridades y miedo. Frente a las descripciones distantes para toda una sociedad, estableciendo grandes generalidades, hemos de pensar en el infierno en que se convirtieron los cortos espacios de sociabilidad de los afectados, especialmente en el caso de aquellos que vivían en pequeñas comunidades, donde el control y la estigmatización alcanzaron un grado de intensidad y cotidianidad mayor que en las más anónimas grandes poblaciones. El que parte de la población arremetiera contra sus convecinos, implicó una fortísimo shock, toda vez que la convivencia, con tensiones, enfrentamientos o subyugaciones, se ha basado tradicionalmente en el mínimo respeto exigido a los bienes y vidas de sus moradores. Cuando esto se rompa en el verano de 1936 el daño producido a nivel social será irreparable. La alteración de los valores tradicionales por la asunción de unos patrones ideológicos exógenos y excluyentes, condujo a la clasificación de la población según su grado de fidelidad a la rebelión y al establecimiento de una auténtica cultura de terror sobre aquellos que significaban —o eran definidos como— un teórico riesgo o peligro para el *Movimiento*.

En sí mismo este drama es uno de los temas principales de mi investigación: cómo afecta una violencia extrema y genocida a esta comunidad y el conflicto cultural que se genera y llega hasta la actualidad. El análisis de las narrativas de estas historias, la articulación de consuelos entre afectados, redes de apoyo y matrimoniales entre excluidos, aparición de elementos como lo que he dado en llamar “justicia divina”: la convicción entre algunos de mis informantes de que bastantes de los asesinos perpetradores han muerto reproduciendo las agonías ocasionadas a sus víctimas, como si ante el desasistimiento jurídico en el que estas familias han vivido, una justicia superior —“castigo de Dios”— hubiera reparado su situación, etc. Rasgos y cuestiones que pueden conformar una suerte de “cultura de los vencidos”. En definitiva, una asunción del cuerpo como lugar de “justicia” —o venganza—.

Pero también hay que hacer una lectura corporal del sufrimiento, asunto delicado y que aunque no siempre es algo consciente entre las víctimas, sí suele aparecer indirectamente en muchas de sus narraciones. Muchas de las manifestaciones corporales del dolor de los familiares de los asesinados, vienen expresadas a través del cuerpo en forma de síntomas caóticos cuya causa está en una situación social. Tal y como señalan Scheper-Hughes y Lock¹⁴, los síntomas —fruto de una experiencia traumática— que exhibe el cuerpo pueden llegar a ser más expresivos que las propias narrativas, “donde las palabras callan, los cuerpos hablan”¹⁵. Pero, además, son historias llenas de obsesión por la recuperación de los restos de los asesinados, todo lo cual nos habla de un profundo conflicto cultural —mal-muertos o fantasmas: no-personas, por inconclusión ritual del complejo simbólico de la muerte—, pero también de otros efectos y percepciones corporales, esto es, el cuerpo como lugar de castigo y humillación¹⁶ —historias de los asesinatos, de sus torturas, veladas alusiones a las violaciones de las mujeres, a cortes de pechos de las “rojas”, a “torearlas y banderillarlas”, a las “pelonas”; maltrato y humillación en las escuelas a los “hijos de rojo”, etc.—. Manejo, en este sentido, la expresión “comunidad de dolor”, para

¹⁴ SCHEPER-HUGHES, N. – LOCK, M. 1991. “The message in the Bottle: Illness and the Micropolitics of Resistance”. *Journal of Psychohistory* 18 (4): 409-32.

¹⁵ Agradezco al Dr. Fernando Ramos este comentario.

¹⁶ DOUGLAS, M. 2000. *Pureza y peligro : análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI; y Foucault, M. 2005. *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.

referirme a importantes conjuntos sociales que residían dentro de cada localidad en clara situación de sumisión a las nuevas condiciones de vida impuestas a partir de julio de 1936. Grupo, pues, *subalternizado* que reconfiguró sus redes de apoyos y sociabilidad entre los excluidos, perceptible, por ejemplo, a través de los numerosos matrimonios entre hijos de asesinados, lo que igualmente explica cómo fueron los miembros de este conjunto social los primeros integrantes de las fuertes corrientes migratorias de los años 40 huyendo de unas condiciones de vida infames y una muy severa pauperización.

II. LA 'RUPTURA DEL MUNDO'

La expresión la *ruptura del mundo* atiende a un doble fenómeno de a) carácter personal y b) general, vinculada a la irrupción de una violencia extrema¹⁷ que ha llegado a ser definida por algunos autores como verdadero holocausto desde la implantación de una *cultura del terror*, en terminología de Michael Taussig¹⁸.

a) En cuanto a la afectación personal. El dolor rompe el mundo, en especial el de un niño. Dolor, sufrimiento inesperado que trastoca la protección y afecto que marcan la infancia, reino de seguridad aparente. La brutal experiencia de lo inexplicable —el asesinato de los progenitores y/o hermanos—, la pauperización de sus vidas, la desestructuración familiar, la humillación y exclusión constante, la subalternización... son algunas de las experiencias que irrumpen en las vidas de las víctimas estudiadas, significando el fin de las condiciones “normales”, de la vida propia de un niño o joven. Con la *ruptura del mundo* se inaugura la vida de padecimientos y miedos que todo el franquismo, cuando menos, significará para estas gentes. La instauración de esta cultura del terror se inaugura, desde luego, con los encarcelamientos y asesinatos de sus deudos, y a partir de ahí su experiencia tomará forma mediante la propalación de rumores destinados a aterrorizar, presiones y violencias simbólicas, palizas, violaciones, psicosis, violencia política, explotaciones, expropiaciones, indefensión jurídica, expulsiones —directas o indirectas— de las comunidades de origen, pérdida de espacios públicos, etc..

La ruptura del mundo es, pues, el primer instante personal de una experiencia cultural del terror que muchos no supieron reconocer como acechanza de sus vidas. Un terror que engulló en distintas oleadas a familias confiadas, a las que el conocimiento o recuerdo de las experiencias históricas de otros pronunciamientos militares no podía hacer pensar que sus vidas peligraran. ¿Por qué las militancias políticas o sindicales habían de convertirse en riesgo mortal? “Veíamos que iban deteniendo a gente, pero nosotros no nos planteamos huir, ¿por qué íbamos a hacerlo si no habíamos hecho nada [malo]?”, declaraba RRM, superviviente él, con un hermano asesinado.

¹⁷ La noción de ‘violencias extremas’ se aplican a fenómenos cualitativos «como las atrocidades que pueden venir aparejadas con el acto de violencia y que algunos autores han llamado ‘crueldad’», y a fenómenos cuantitativos «esto es, la destrucción masiva de poblaciones civiles no directamente implicadas en el conflicto». (...) Cualquiera que sea el grado de su desmesura, ésta se piensa como la expresión prototípica de la negación de toda humanidad, ya que quienes son víctimas de ella suelen ser “animalizados” o “cosificados” antes de ser aniquilados. Más allá del juicio moral, conviene interrogarse sobre las circunstancias políticas, económicas y culturales capaces de engendrar tales conductas colectivas. SEMELIN, J. 2002 “Violencias extremas: ¿es posible comprender?” *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. UNESCO. Diciembre. nº 174. Aquí, pág. 4.

¹⁸ “The space of death is crucial to the creation of meaning and consciousness (...).” Pag. 39.

“From Timmerman’s chronicle and texts like Miguel Angel Asturias ‘El señor presidente’ it is abundantly clear that cultures of terror are based on an nourished by silence and myth in which the fanatical stress on the mysterious flourishes by means of rumor and fantasy woven in a dense web of magical realism. It is also clear that the victimizer needs the victim for the purpose of making truth, objectifying the victimizer’s fantasies in the discourse of the other”. Pag. 40.

TAUSSIG, M. “Culture of Terror – Space of Death: Roger’s Casement’s Putumayo Report and the Explanation of Torture”. En Scheper-Hughes, N. – Bourgois, Ph. 2004. *Violence in War and Peace. An Anthology*. Malden: Blackwell Publishing.

En los testimonios de mis informantes *la ruptura del mundo* tiene una honda formulación infantil: “estaba sentada en las rodillas de mi padre cuando vinieron a buscarle”, comienza su relato SBC. “Mi padre bajó a la tienda a por un poco de escabeche para la cena y ya no volvió”, HHC. “Estábamos acostados después de la cena cuando llamaron a la puerta preguntando por mi padre” LCM. Son fórmulas narrativas que dejan la acción inconclusa, que transmiten la incertidumbre que sobre ellos se cierne, la inseguridad y, sobre todo, lo inesperado de lo sucedido.

El terror llega sin avisar y se instala para siempre. Los testimonios abundan en expresiones temerosas: “hemos pasado mucho, mucho miedo” alocución que concentra decenas de años de pavor. Y esto se trasluce con una evidencia dolorosa cuando para citarnos para las entrevistas, algunos de ellos lo hacen a escondidas, a veces ni siquiera en sus casas, y cuando es en éstas, echan las cortinas y se aseguran de que las puertas estén bien cerradas, y con todo, bajan la voz.

El fin de la infancia llega con la desaparición del padre asesinado, experiencia que además del sufrimiento sentimental, conllevó la pauperización completa de estas gentes sencillas que habían perdido a sus hombre, los que aportaban el sustento diario en su duro jornal. Las tareas de trabajos durísimos para niños de 12, 9, 7 años de edad —extracción de berceo, siega, servicios a las tropas o magnates locales, etc.— marca a esta generación, que empieza su vida laboral a edades tempranísimas alejándoles de las posibilidades de una cualificación suficiente, por lo tanto, condicionando todo su futuro.

Una parte importante de los testimonios vienen acompañados de historias de vejaciones y humillaciones infantiles. Cuando SGH —quien perdió a su padre asesinado en septiembre de 1936, con 7 años, viéndose obligado a trabajar junto a sus hermanos y a abandonar la escuela—, cuenta y destaca por encima de otras historias posibles que le obligaron a hacer la primera comunión vestido de falangista y que luego no le permitieron pasar a la pequeña celebración —vino dulce y unas pastas— está narrando la frustración y humillación de un niño en un mundo de adultos crueles que mantienen vivo el recuerdo del asesinato de su padre —y la exclusión del hijo—.

Una experiencia de exclusión que era reproducida por los propios hijos de los vencedores obsequiando a las víctimas con insultos constantes en la escuela y en la calle, a buen seguro con dosis de inconsciencia notable que no restaban nada a la crueldad percibida por estos niños estigmatizados.

Todo este periplo de terror, de inseguridad venía precedido y acompañado por la crueldad con que se había tratado a las mujeres de la familia: cortes de pelo infamantes —las pelonas—, humillaciones y vejaciones constantes en la calle —paseos reiterativos con la cabeza rapada, con maltratos físicos, desgarrar de su vestimenta, mofas musicales, insultos, etc.—, explotación laboral de las mujeres encarceladas o señaladas bajo formas de servicio doméstico, asunción de tareas de limpieza de cuarteles, hospitales o casas de jerarcas... en fin, una amplia panoplia de circunstancias que marcó por partida doble a las inocentes esposas, hijas o novias de *los rojos*, y a los niños de la familia, que contemplan la total desvergüenza de su comunidad cebándose en el pilar de sustento afectivo que les queda tras la “desaparición” del padre: sus madres.

b) En lo referente a su carácter general, *la ruptura del mundo* coincide con el momento de quiebra social que da comienzo con la guerra y que invalida las normas y

valores sociales hasta entonces vigentes. La guerra civil (*Leviatán*) marca un tiempo fuera del tiempo y una percepción de los hechos, de lo válido o necesario muy distinta a las condiciones de los “tiempos de paz”. Así lo señala Hobbes¹⁹, y añadirá que esto sitúa la vida del hombre en un estado de “continual fear, and danger of violent death; and the life of man, solitary, poor, nasty, brutish, and short” (13.9)²⁰.

Esta ruptura de las condiciones generales favorece la irrupción de anhelos reprimidos, la reivindicación de nuevos protagonismos sociales y, como veremos, la alteración de los roles sociales que marca el sexo. Así, puede decirse que el cálculo interesado de las clases medias bajas en el golpe militar está en relación con la posibilidad que así se abre para este colectivo de conquistar cargos y espacios políticos tradicionalmente reservados a clases más pudientes. A la postre son ellos quienes más firmemente reclamarán beneficios y prebendas, de forma que puede afirmarse que el triunfo final de la rebelión aupó localmente a una nueva clase emergente de pequeña burguesía, ideológicamente caracterizada por un aparente respeto a los valores tradicionales pero que había fijado sus expectativas sobre las promesas de *regeneración* nacional que significaba su oportunidad, su asalto al poder local, dispuesta, por tanto, al abrazo de los credos más excluyentes. Numéricamente, este grupo no es muy importante en las comunidades rurales de la Ribera y en la propia Aranda de Duero pero cualitativamente, junto a la tradicional oligarquía, se convertirá en la cabeza del nuevo sistema.

Atendiendo al capítulo de las explicaciones, interpretaciones, a la búsqueda de “razones” a lo sucedido, topamos con un asunto controvertido y no siempre bien enfocado: Las lógicas del exterminio y las envidias y malos quereres.

El régimen franquista nunca reconoció las matanzas protagonizadas por su bando y, desde luego, no con la virulencia y enormidad con que vamos conociendo que se produjeron. Es en la actualidad cuando historiadores de toda solvencia definen este proceso como el de una auténtica “política genocida”—. En todo caso, cuando se hablaba —oficiosamente, que no oficialmente— de la existencia de *fusilados* en los pueblos “oficiosamente” se explicaba siempre que esto se debía a las envidias de las gentes rurales, construyendo así un estereotipo del hombre rural como ser brutal y primario. Esta contradictoria comprensión del sentido de “lo humano”, incluso de lo que se dará en denominar “la raza”, merece una reflexión, especialmente si nos detenemos a analizar los distintos elementos ideológicos que convergen en el franquismo y la paradójica invocación que se hará del alma rural como esencia aún pura de la patria, en clara sintonía con el *volkgeist* preconizado por el romanticismo germánico. También en estos comentarios subyace una vieja comprensión —denunciada en su día por E. P. Thompson— de las gentes anónimas y pobres, de los sin-historia, como imposibilitados de control sobre su presente y

¹⁹ “To this warre of every man against every man, this also is consequent; that nothing can be Unjust. The notions of Right and Wrong, Justice and Injustice have there no place. Where there is no common Power, there is no Law: where no Law, no Injustice. Force and Fraud, are in warre the two Cardinall vertues. Justice, and Injustice are non of the Faculties neither of the Body, nor Mind. If they were, they might be in a man that were alone in the world, as well as his Senses, and Passions. They are Qualities, that relate to men in Society, not in Solitude. It is consequent also to the same condition, that there be no Propriety, no Dominion, no *Mine* and *Thine* distinct; but onely that to be every mans can that he can get; and for so long, as he can keep it. And thus much for the ill condition, which man by meer Nature is actually placed in; though with a possibility to come out of it, consisting partly in the Passions, partly in his Reason”. HOBBS, T. 1981. *Leviathan*. Harmondsworth: Penguin Books Ltd.

motivaciones, movidos desde la más pobre elementalidad animal, esto es, carentes de *capacidad de agencia* para articular razones de sus luchas, resistencias y actos. Por otro lado, un claro rescoldo del viejo estamentalismo hispano.

La última historiografía está demostrando que existieron órdenes expresas de *eliminar* a todo individuo izquierdista en las zonas donde los rebeldes consiguieron imponerse. Con ello trataron de generar *espacios seguros*, libres de *enemigos internos*. Desde luego que el largo franquismo y la anestesiante transición facilitaron el vaciado de los archivos de todo documento comprometedor para estudiar la represión, dificultando sobremanera las tareas del historiador, aún así, las nuevas investigaciones, partiendo de un mejor y más profundo conocimiento de los efectos locales, muestran un *modus operandi* que responde a patrones que debieron ser fijados desde el Cuartel General. Igualmente, las órdenes conocidas del General Mola, director del golpe de estado, muestran una clara voluntad violenta y represiva, y casi podríamos decir *eugenésica*. Esta tendencia historiográfica ha insistido tanto en el origen externo de la acción represora —por contraposición a la vieja explicación de las “envidias”— que algunos trabajos más de corte periodístico que científico e incluso algunas asociaciones dedicadas a la recuperación de la memoria histórica han pasado a negar miopemente papel alguno a las tensiones intracomunitarias, a las dinámicas locales. A pesar de que la represión, sus órdenes, procedan “de arriba”, no se puede explicar los efectos de la misma si no tenemos en cuenta el entremezclamiento de estas exigencias con los conflictos internos de la comunidad. Y todo ello en un nuevo proceso retroalimentario, pues, no pocas veces la política local es una traslación de lo sucedido, a nivel nacional, caso de los cambios de las comisiones gestoras municipales cada vez que en Madrid se producía un cambio de gobierno, más la conjunción de las esferas micro/macrosocial a través de la compatibilización de lógicas privadas de beneficio con lógicas comunitarias de tensión y conflicto²¹. Esto se traducía en nuevos repartos de “privilegios”, la mayor parte de las veces simples puestos de trabajo de escasa cualificación para los afines..., algo sumamente importante en una sociedad empobrecida y con carestía laboral como era la de aquella época. Así lo evidencia el maltrecho archivo municipal de Aranda de Duero, donde estudiando los expedientes personales, he encontrado muchas reclamaciones, ingresos, ceses y traslados de nombres que luego estarán relacionados con la represión, tanto en el papel de ejecutores como en el de las víctimas. Esto mismo aparece en los testimonios de las familias, quienes tratan de construir una *lógica* a los asesinatos de sus allegados a partir de rencillas y enfrentamientos preexistentes que *explican* la denuncia, la inclusión en una lista, etc. En estas explicaciones locales existe también una voluntad de dar *agencia* a los muertos. Forzando la expresión, creo que tras la explicación de los motivos que desencadenaron tales envidias —no pocas vinculadas directamente con la acción política o con el rechazo de las condiciones imperantes— los familiares tratan de otorgar protagonismo a los muertos. Conceder como

²⁰ Ibidem.

²¹ En este punto me ha resultado muy interesante el artículo de BAX, M. 2000. “Planned Policy or Primitive Balkanism? A Local Contribution to the Ethnography of the War in Bosnia-Herzegovina?” *Ethnos*, vol. 65:3, pp. 317-340, y que se viene a sumar a otros enfoques como el que presenta Michael Seidman en su *Republic of egos. A social history of the Spanish Civil War* (Wisconsin University Press, 2002), atendiendo a las motivaciones de “los de abajo” más allá de la ideologización del conflicto.

única explicación de su asesinato la existencia de “órdenes superiores” para eliminar a todos los izquierdistas implica la nulificación completa de las víctimas. Sus luchas, reivindicaciones y tensiones locales —las que vivieron y “justifican” su muerte a ojos de sus deudos— se vuelven nada. Las envidias y tensiones, las emociones, convierten al sujeto en agente, en coprotagonista de la historia, aunque pierda con su muerte. El ensalzamiento de las víctimas está en que ésta muerte se entiende hoy en relación a una lucha por la dignidad y la justicia²².

El discurso público de las víctimas se ve alterado por estas dos interpretaciones —órdenes de exterminio vs. envidias y malos querer²³—. Para algunas de las asociaciones de recuperación de la memoria histórica²⁴ y estudiosos amateurs, la explicación de las matanzas a partir de única razón de las órdenes de exterminio confiere a los asesinados un sentido total de víctima, aumentando, si cabe, su valor de pérdida inocente. Implícitamente subyace la proyección de culpa que el régimen franquista hizo de éstas víctimas al proclamarles responsables de la guerra y el desgarró de España a partir de su acción política izquierdista. La negación de papel alguno de las tensiones locales rechaza la posibilidad de que sobre las víctimas reviertan “razones de culpa” —¡como si las tensiones intracomunitarias pudieran justificar un asesinato!—, con ello, los fusilados quedan convertidos en sujetos ajenos a su fatal destino, aumentando el valor simbólico del sentido de víctima y con él la crueldad de los perpetradores que, recordemos, jamás han recibido castigo o proceso jurídico alguno.

Pero las tensiones existieron y junto a las órdenes emanadas del Cuartel General, las envidias, el mal querer y la ruptura de las normas y valores culturales que trae la guerra, aumentaron el número de muertos y represaliados, los crímenes, las injusticias. Veamos algún ejemplo.

En 1936 MBM trabajaba como sirvienta en Madrid. A mediados de julio vuelve a casa de su padre por vacaciones y allí le sorprende la guerra. Su padre es asesinado en agosto y su madre, públicamente vejada, se trastorna mentalmente. Teniendo MBM que hacerse cargo de su familia a partir de entonces, escribe en su tiempo libre un diario aprovechando unos libros de asientos de la sociedad sindical que su padre fundó a comienzos de siglo —adscrita a la Unión General de Trabajadores—. Su escritura sencilla —y en no pocos casos confusa entre los valores paternos de la izquierda utópica y unos hondos principios católicos—, narra los hechos más dolorosos o llamativos a sus ojos de la vida cotidiana de su pequeña comunidad. De su lectura, lo primero que se percibe es la sensación de estar ante una sociedad alterada, temerosa y rencorosa a la par, en la que se entremezclan las

²² No es raro encontrar en los relatos de personas coetáneas de los crímenes invocaciones de exaltación de las personas muertas, una forma de describir a los fallecidos tradicional, resaltando mucho más sus virtudes que sus defectos. Pero en estos relatos se percibe una insistencia muy marcada en la excepcionalidad de los desaparecidos, posiblemente hay en ello parte del “juego” narrativo con el interlocutor, tratando de convencerle mediante descripciones que muestren a las claras la bondad del familiar asesinado, la vesanía de los perpetradores, la injusticia de tales crímenes, etc. Por entre líneas se percibe también un intento autojustificador de seguir vivos —nunca bien explicado, o la repetida coletilla de “se llevaron a los mejores”—. Muchos de estos discursos reproducen fórmulas y complejos invocados en las narrativas de los supervivientes del holocausto nazi, véase las obras de Viktor Frankl o Primo Levi, por ejemplo.

²³ En ocasiones torticeramente manejado por los reaccionarios revisionistas.

²⁴ En este caso me baso en lo recogido con relación a la ARMH-Valladolid, sin atreverme a generalizar para el resto de delegaciones esta postura.

órdenes externas con las tensiones internas en fatal retroalimentación. Uno de los casos que a MBM le llama más la atención es el comportamiento de quienes identifica como “mujeres fascistas”. Así, por ejemplo, cuenta en octubre de 1936 que éstas “cantan, saltan, se ríen e insultan a los que han cortado el pelo, todo su afán es llevarlas en procesión (...)”. O unos meses después, febrero de 1937: “Pasaron los días en continua batalla pues 5 mujeres firmaron una denuncia al Capitán [de la Guardia Civil] de Aranda para que afusilaran [sic] a 25 hombres del pueblo, decían que les habían oído decir ¡Viva Rusia!. A primeros de marzo del mismo año, añade: “Hay en el pueblo una banda de mujeres que no se ocupaban más que de denunciar a todo el que les parecía conveniente. Seguían poniendo denuncias sin fijarse [sic] cómo. Y tan bien lo querían hacer que algunas metían la pata, pero aunque también injusta pusieron una [denuncia] que el Señor Alcalde la dio curso como algunas de las anteriores y el día 29 un cochecito con una pareja de Guardias Civiles vinieron a por otro señor que jamás se había mezclado en política, [y] también le metieron prisionero. ¿Quién está seguro en estos tiempos? pues no hay motivos para estarlo mientras duren los malos quereres y las venganzas.” A mediados del mes de junio de 1938, escribe: “(...) soltaron unos cuantos presos sociales que los pobres ya llevaban veintidós meses de sufrimiento, entre ellos vino uno de este pueblo y... ¡vamos, qué coraje! al ver que todavía había rojillos como ellos llamaban por esto trataron las mujeres de ir a Capitanes y Comandantes a decir que los fusilasen a todos que eran peor que los que ya habían muerto”.

La visión tradicional de la guerra parece reservar los protagonismos a los hombres, a aquellos que empuñan las armas, y a menudo nos olvidamos de la vida de la retaguardia. Es sabido que en toda guerra, la marcha de los hombres al frente provoca cambios sociales con la incorporación de la mujer temporalmente a tareas propias del universo masculino. Pero en el caso de una contienda civil la cuestión adquiere nuevos tintes, transformando —en la zona bajo control de los sublevados— el rol tradicionalmente sometido de la mujer en un espacio de poder sobre los *desafectos*. Aunque es una vieja estrategia, no es baladí el apunte de nuestra diarista: actúan en grupo, refuerzan su alteración del juego social con una invocación colectiva, no quieren —aparentemente— representar una “nueva mujer”, sino que al uso de los vetustos coros griegos pretenden ser la voz airada del grupo en ausencia de los hombres. Es su particular aplicación de los planes de limpieza²⁵. A diferencia de lo que

²⁵ Hay en los testimonios un amplio conjunto de expresiones de carácter eugenésico muy vinculadas con el lenguaje vegetal-agrario. En el caso de nuestra zona, bajo la fórmula de amenazas a los huérfanos de los fusilados: “la mala hierba hay que arrancarla de raíz”, o las incitaciones a “segundas vueltas” asesinas después del terror caliente, bajo la expresión de “la rebusca”. Elaine Scarry ha llamado la atención sobre esto: “The recurrence here of language from the realm of vegetation occurs because vegetable tissue, though alive, is perceived to be immune to pain; thus the inflicting of damage can be registered in language without permitting the reality of suffering into the description. Live vegetable tissue occupies a peculiar category of sentience that is close to, perhaps is, non-sentience; more often, the language is drawn from the unequivocal nonsentience of steel, wood, iron, and aluminium, the metals and materials out of which weapons are made and which can be invoked so that an event entailing two deeply traumatic occurrences, the inflicting of an injury and the receiving of an injury, is thus neutralized. “Neutralization” or “neutering” (or their many variants such as “cleaning”, “cleaning out”, “cleaning up” or other phrases indicating an alternation in an essential characteristic of the metal, such as “liquification”) is itself a major vocabulary invoked in the redescription of injuring. It begins by being applied only to weapons: it is the other peoples’ firepower (guns, rockets, tanks) that must be “neutralized”, but it is then transferred to the holder of the gun, the firer of the rocket, the driver of the tank, as well as to the civilian sister of the holder, the uncle of the firer, the child of the driver, the human beings who must be (no injured or burned or dismembered or killed but)

sucedirá en el bando republicano, este tipo de comportamiento o desempeño no porta una intención de cambio social²⁶, aun cuando el hecho de ejercer poder públicamente contra hombres, incluso “hombres de respeto”, es en sí mismo un cambio evidente de lo que hasta entonces ha sido “la realidad”. Es un *empoderamiento* femenino (empowerment) sui generis, en el que pueden aparecer no sólo las envidias personalizadas —la insistencia en vejar a otras mujeres²⁷—, sino también las tensiones/frustraciones de la disímil relación social de los sexos.

III. EL CONFLICTO DE MEMORIAS

Hoy, la apertura de las fosas ha permitido conocer la experiencia de la derrota, o de lo que podríamos denominar la “Cultura de los vencidos”. La importancia de ver los huesos convierte su realidad en incontestable frente a tantos que se negaban a aceptar que aquellos hechos represivos hubieran existido o que hubieran sido con la virulencia y cantidad que se está demostrando. Y en esto ha entrado con fuerza el mundo académico, aportando rigor e investigación a todo un proceso de fuertes demandas sociales.

Abrir una fosa implica abrir el pasado, con todo lo que esto supone de reencontrarse con sentimientos de miedo, dolor, frustración y vergüenza. Si bien el saldo de las aperturas es indiscutiblemente positivo para las comunidades afectadas, existen tensiones y discusiones, especialmente en los inicios y momentos previos a las aperturas. Para las víctimas de la generación que vivió la guerra, la apertura de las fosas supone una irrupción de la memoria traumática, una renovación de la tragedia. Reverdecen los antiguos miedos y en sus testimonios se visibiliza todo el horror sufrido en expresiones que recuperan su valor infantil de miedo, lloros, desesperanza y desorientación al revivir la pérdida de sus padres

“neutralized”, “cleaned out”, “liquidated”. SCARRY, E. 1985. “Injury and the Structure of War”. *Representations*, nº 10 (Spring, 1985), pp. 1-51. Here pages 4-5.

²⁶ «The times that we lived during the war, six months were like three years in another context... So that, for me, the three years of war, all that I lived through, were like... ten years of my life... When I was fourteen and fifteen I had experiences that would stay with me all my life engraved in my mind, such a flowering of ideas-made-reality that happened during this period! Even if I had died, I wouldn't have wanted not to have had that experience». (Pepita Carpena).

Or, in the words of another, «It was an incredible life, the life of a young activist. A life dedicated to struggling, to learning, renewing society. It was characterized, almost, by a kind of effervescence, constant activity... it was a very busy life, working eight hours —or sometimes ten, if we got overtime— and going everywhere on foot to save money for the organization». ACKELSBURG, M. 1992. “Mujeres libres. The preservation of Memory under the Politics of Repression in Spain”. Pp. 125-143. In PASSERINI, L. (ed.) 1992. *Memory and Totalitarianism*. International Yearbook of Oral History and Life Stories. New York: Oxford University Press. Here, pages 130-131.

²⁷ La palabra «vejación» supone esta idea del poder. Un poder externo a este mundo que agita el cuerpo, rompe las conexiones con otros, y de ese modo agita el ser interior. Decir que uno ha sido vejado es decir que hay un poder exterior causando problemas internos, que los filamentos del primero se extienden profundamente en el interior del último”. KLEINMAN, A. & KLEINMAN, J. 2000. “Lo moral, lo político y lo médico. Una visión socio-somática del sufrimiento”. En González, E. y Comelles, J. M. (comp.). *Psiquiatría transcultural*. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría. Aquí pág. 20.

y/o hermanos mayores. Esta irrupción de la memoria traumática hace que algunos familiares, hijos de estas víctimas directas, opten en algunos casos por evitar estos “tragos” a sus mayores, sabido el dolor que les ocasiona, aunque mantengo mis dudas sobre el beneficio de esta actitud. La experiencia ha ido demostrando que el ejercicio oral de este sufrimiento, la narración de estos hechos con una finalidad reivindicativa —la recuperación de los restos y ulteriores ejercicios dignificatorios—, produce un verdadero alivio a estas personas. El dolor ocasionado, contenido en el trauma y en la memoria que generó, de alguna manera se exorciza con su visibilización y compartimiento. Es notorio el sentimiento de liberación y agradecimiento que se produce al final de las entrevistas y en las visitas que hacen a la fosa. Una auténtica *logoterapia*, como diría Víktor Frankl²⁸.

Este dolor puede llegar a transformarse en un sentimiento de identidad orgullosa y reivindicativa. Las víctimas han vivido tradicionalmente bajo el oprobio de las categorías de *rojo*, *hijo de rojo*, etc., desde una percepción vergonzante, lo cual no quiere decir que ellos necesariamente lo asumieran siempre así. Sin embargo, no es raro encontrar algunos acomodamientos a las condiciones impuestas por los vencedores entre quienes peor lo pasaron aceptando culpabilizar a sus progenitores de sus desgracias como vía de escape y resolución de sus condiciones, incluso haciendo carrera dentro de las estructuras del régimen franquista. Actitudes percibidas como una traición por parte de quienes se negaron a renunciar al credo de sus mayores y han mantenido su sentido de fidelidad familiar hasta hoy. La gestión de esta memoria negada —pues de alguna manera quisieron hacer borrón y cuenta nueva con lo que representaban sus deudos asesinados—, representa para estas personas un grave conflicto personal que desdice sus largos esfuerzos por construir una identidad diferenciada, valorada positivamente en el franquismo y claramente denostada hoy²⁹. Este problema lo vivimos muy claramente en la exhumación de la fosa de Villamayor de los Montes (Burgos), en julio de 2004, cuando un hijo de los allí enterrados se presentó en compañía de sus tres hijos, tratando de evitar la apertura de la fosa, aduciendo falta de consenso, ausencia de consentimientos, improvisación y proponiendo mejor poner allí un monolito recordatorio. Este hombre había sido alcalde de un pueblo vecino, militante del conservador Partido Popular y con un pasado de negación como el referido anteriormente. Esta es, también, la historia de algunos cargos políticos y administrativos de cierta responsabilidad, de la Diputación de Burgos (administración provincial), cuyos conflictos personales inciden en la falta de apoyo institucional que encontramos a las tareas de recuperación de la memoria histórica. Es el drama y poder transformador del sufrimiento: de víctima a colaborador con los perpetradores³⁰.

²⁸ FRANKL, V. 2003. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder. Véase pág. 139.

²⁹ El libro, *Los niños perdidos del franquismo*, de Vinyes, Armengol y Belis, recoge bastantes casos coincidentes con nuestros testimonios, de la presión psicológica que los huérfanos de estos *rojos* sufrieron por parte de los transmisores ideológicos del franquismo, principalmente curas y monjas al frente de los orfanatos. Allí, se les inculcaba a los niños cómo sus padres habían cometido grandes errores y pecados por los que ellos debía expiar culpas, incitándoles a que entraran en la iglesia y profesaran. En los estudios que vengo haciendo sobre el literato y etnógrafo Eduardo de Ontañón, exiliado en México tras la guerra —su familia quedó en España—, su hijo Jacinto me comentó que una de sus hermanas entró a un convento para rezar por el alma de su padre porque así se lo habían inculcado las monjas.

³⁰ Uno de los casos más duros de aceptar, pero que explica muy bien ese conflicto psicológico, es el testimonio personal de la chilena ARCE, L. 1993. *El infierno*. Santiago de Chile: Planeta.

Como señalo, las víctimas están gozando de un nuevo protagonismo social. La nueva lectura que se hace en estos tiempos, especialmente desde la llamada “tercera generación”, conlleva una heroización de las biografías de los *fusilados*. Los cuerpos muertos exhumados poseen un nuevo capital simbólico³¹ que lleva a oír nuevos discursos de reconfiguración biográfica para acercarse más al nuevo ideal heroico y participar así de esos réditos³².

La percepción de esta nueva lectura del pasado es notoria también entre los pocos perpetradores aún pervivientes, que se han cerrado en banda a posibles colaboraciones en la localización de las fosas comunes, asunto siempre complicado. Algunos han expresado un temor —injustificado— a represalias violentas. Otra cuestión es que puedan llegar a producirse inculpaciones jurídicas que a lo sumo conllevarían condenas simbólicas sin cumplimiento por su edad. Tal vez se les podría obligar a indemnizar a sus víctimas, a algunas de las cuales les robaron amplios conjuntos de bienes, pero todo esto es una hipótesis momentánea con pocos visos de realidad. En los casos que manejo no se ha producido ningún enfrentamiento directo con los perpetradores o sus descendientes —todo el mundo distingue perfectamente que “las culpas no se heredan”—, sin embargo, el temor existe. En Aranda tenemos un caso de uno de estos falangistas “que tiraban de gatillo”, que a raíz de iniciarse las gestiones para la apertura, en 2003, de las fosas del Monte Costaján, se trasladó a vivir a Madrid, temeroso de represalias. Es una conciencia —culpable— en huida.

Los sentidos de culpa se expresan de muy distintas formas, caso del exalcalde de la fosa de Villamayor o del fugado a Madrid, siendo éste otro aspecto del conflicto de memorias: ¿cómo gestionar el recuerdo y, posiblemente, el desagrado de la culpa? ¿qué ocurre en los casos de quienes obraron desde el convencimiento de lo correcto o del ardor

³¹ VERDERY, K. 1999. *The Political Life of Dead Bodies: Reburial and Postsocialist Change*. New York: Columbia University Press.

³² El capital simbólico de los muertos está también presente en el caso de los homenajes que se hacen a las víctimas. En Aranda de Duero, donde la gestión de los mismos resulta algo más compleja que en otras localidades donde el número de muertos es muy pequeño, los homenajes —127 cuerpos exhumados, pero bastante más de dos centenares de asesinados— se convierten en actos de bastante alcance en los medios de comunicación. Es una ocasión perfecta para “apariciones” de algunos políticos, máxime desde que a raíz de la última victoria electoral del PSOE y la organización de la Comisión Interministerial para el Apoyo y Estudio de las Víctimas de la guerra civil y el franquismo, éste se convirtiera en un tema “políticamente correcto”. En el homenaje que organizamos al finalizar la exhumación de la fosa de La Lobera —véase el anexo fotográfico—, se nos presentaron políticos provinciales y locales muy pendientes de hacer declaraciones a la prensa. El partido socialista ha sido muy activo en ello. En el homenaje y reentierro de los 127 cuerpos —1 de septiembre de 2005— volvió a suceder esto pero de forma mucho más acusada. El acto se convirtió en algo “importante” para los medios de comunicación por ser el mayor número de exhumados hechos hasta la fecha en una localidad española y por la presencia de políticos importantes del PSOE a nivel nacional y regional: Diego López Garrido, portavoz del grupo socialista en el Congreso de los Diputados; Angel Villalba, secretario regional del PSOE de Castilla y León; José María Jiménez, Secretario Provincial del PSOE; Julián Juez, secretario provincial de la UGT; y un amplio conjunto de cargos regionales, provinciales y locales del partido. Varios familiares se quejaron de esta “vampirización” y de la percepción de que se había cuidado más de organizar la asistencia de estos políticos que de avisar al conjunto de las familias, pues faltaban muchas, en su mayoría por desconocimiento de la fecha —que se había cambiado ya en tres ocasiones—. Declaraciones, promesas de ayudas, altisonancias y fotos portando alguna de las cajas con los restos exhumados... En cualquier caso, el reentierro de los cuerpos fue algo muy valorado y aplaudido por todos los familiares con numerosos comentarios que incidían en la idea de haber cerrado de una vez un grave conflicto emocional que les acuciaba.

momentáneo que les pudo arrastrar a participar en algo de lo que se han arrepentido el resto de sus vidas? Son experiencias de una memoria enferma, personalmente incómoda con su pasado, que necesita ser perdonada o al menos no culpada. Quienes detentan esta memoria llevan a cabo complejos procesos de negociación con sus recuerdos, en unos casos reescribiéndolos, ajustándolos a las nuevas percepciones del presente, en los menos pidiendo perdón. Dos ejemplos de estas posturas: un viejo guarda de la ribera vallisoletana, participante en los asesinatos con su escopeta de doble cañón según distintos testimonios, narra —colabora, pues, con las tareas de recuperación de la memoria histórica— la historia del fusilamiento con todo lujo de detalles y localiza la fosa. Pero en su narración, él se describe como testigo “subido en un árbol”, y callado “para que a mí no me pasara lo mismo”. En fin, que su relato se sitúa en una distancia simbólica, fuera del acontecimiento —en un árbol—, y esto a pesar de que en la exhumación han aparecido cartuchos de posta³³.

El otro ejemplo es el de un exfalangista que deslizó un “anónimo” —aunque todo el mundo conoce la identidad de su autor— en casa de una hermana de uno de los asesinados de Aranda de Duero. En la nota expresa su disconformidad con los asesinatos y señala que él no participó en ellos y que después se dio de baja de falange. Da datos de los verdaderos culpables, cuatro, de los cuales tres han muerto y dice que este superviviente es quien pueden aportar datos ciertos sobre la localización de cada fosas y la identidad de cada resto.

La apertura física de la fosa se mueve entre varias reacciones. Por un lado está la emoción de los familiares que han esperado años para ver estas tareas. Algunas de las personas más ancianas señalan que tras esto pueden ya morir tranquilos y hay casos de promesas hechas a sus mayores que les tenían interiormente atenazados. En las fosas de Aranda tenemos varios ejemplos de esto: BSG, con más de noventa años y dos hermanos supuestamente en la fosa de La Lobera había prometido a sus padres que sacaría los cuerpos de sus hermanos y los enterraría en el cementerio. Lo mismo en el caso del principal promotor de las exhumaciones, Restituto Velasco, quien había prometido a su tía en el lecho de muerte que sacaría a su tío asesinado de la fosa, y así varios casos más. Para estas personas, la situación de las fosas es un grave problema de orden moral y la restitución de los restos al cementerio, antes que su identificación, resulta un consuelo impagable.

Luego está la reacción de la memoria convulsa y/o desleal, la de los que, como he mencionado, se acomodaron a las nuevas circunstancias del régimen franquista para sobrevivir. Para éstos la apertura de las fosas supone un grave conflicto interior con sus vivencias, con sentimientos apartados —que no muertos—, y con su sociabilidad, toda vez que sus metas vitales estaban dirigidas a asimilarse al grupo vencedor. Y como una sección menor de este grupo están los que aceptando las tareas exhumatorias y agradeciendo la posibilidad de recuperar los restos de sus familiares, se justifican (=lamentan) durante sus testimonios de haber aceptado firmar partidas de defunción en las que a su padre se le hacía muerto *por causas de la guerra* o *desaparecido* para poder cobrar las míseras ayudas que se dieron en algunos casos durante la posguerra. De nuevo estamos ante historias que dejan entrever una tremenda pobreza y necesidad. Igualmente, las familias que nunca

³³ La historia la ha recopilado Ricardo Bedera, de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Valladolid.

aceptaron firmar estos documentos hoy esgrimen su integridad moral —así la conciben ellos— con orgullo, expresándolo en sus testimonios como afirmación identitaria.

Qué duda cabe que también hay sectores que se oponen frontalmente a la apertura y exhumación de las fosas, algunos incluso desde asociaciones pro-memoria, caso de la Asociación de Amigos de la Fosa de Oviedo. En los casos que yo me he topado —salvo el mencionado de Villamayor de los Montes— los opositores son aquellos pertenecientes al bando vencedor de la guerra. Algunos sienten temor a posibles inculpaciones y son quienes de forma más ardiente defienden el discurso de que esto supone remover los fantasmas del pasado y provocar nuevos enfrentamientos *ya superados*. Es el sector amparado por la ley de amnistía de 1977 —que no sienten tan firme tras los precedentes argentinos—, que fortaleció el discurso de “pasar página” durante la Transición y que considera la Guerra Civil como algo ya superado desde la conciencia de haber sido los beneficiarios de su victoria. En muchos casos han somatizado la propaganda del franquismo —*memoria rerum gestarum*— y su iglesia³⁴ sobre la justicia de su lucha contra la barbarie roja. Y quienes no fueron inductores directos de la violencia extrema del 36 —y por lo tanto no participaron de la parte más oscura de esos años— permanecen convencidos, como franquismo sociológico perviviente, de las razones y justificaciones de su causa. Es a este sector al que va dirigido el fuerte revisionismo editorial sobre la guerra civil, con un importante número de lectores —o compradores de libros— que con autores no académicos y de nulo rigor están recuperando las razones oficiales del franquismo ante lo que experimentan y describen como marxismo en acción —las acciones de recuperación de memoria histórica—. Para ello utilizan eficazmente la red de opinión pública más conservadora y las redes editoriales a ellos vinculadas.

Por último, en este capítulo de reacciones está el grupo de quienes son ya nacidos en democracia, la tercera generación o la generación de los nietos, quienes por las distintas condiciones del país en que nacieron, se han visto libres de los condicionamientos que sus padres y abuelos sufrieron. Parte de éstos nietos, como ha quedado dicho, han sido los protagonistas de este movimiento por la recuperación de la memoria histórica pues ellos han sido los iniciadores de estas tareas. La otra parte, la de los nietos de los “no políticos”, como suele tradicionalmente definirse la gente “que no se mete en política” —actitud claramente heredada por la mesocracia nacida del franquismo—, ignorantes por completo de estos horrores, son la pieza clave para la definitiva reconciliación nacional, que entiendo desde el reconocimiento del dolor y el respeto por el sufrimiento. La sorpresa que muestran ante la realidad de las fosas comunes está muchas veces expresada en imágenes cinematográficas —necesitan de la ficción para asumir esta realidad desconocida— y las comparaciones con lo que conocen del régimen de exterminio nazi son constantes. Muchos de los integrantes de este grupo se han visto sorprendidos ante la gestión de un pasado que pensaban no les pertenecía —la juventud española se ha sentido desde antes de la Transición empachada de la historia de sus mayores generando una gran distancia con el pasado más reciente—, y que de repente les relaciona, familiarmente, con acontecimientos en ocasiones estremecedores.

³⁴ CASANOVA, J. 2001. *La iglesia de Franco*. Madrid: Temas de Hoy.

RAGUER, H. 2001. *La pólvora y el incienso. La iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*. Barcelona: Península.

Las fosas, pues, pueden ser vistas como espacios de mediación para la gestión de un pasado oculto y convulso; también mediación entre perpetradores y víctimas por lo que aportan los huesos en su visibilización de la violencia y el sufrimiento. De mediación con memorias traumáticas y experiencias de negación que necesitan de un reconocimiento social como compensación moral por tales sufrimientos. Ante la ausencia de otras políticas, la falta de comisiones de la verdad, de otro tipo de reconocimientos, el proceso social iniciado a partir de las exhumaciones de las fosas comunes del franquismo, con la rápida involucración de la universidad de la mano de los colectivos sociales afectados, ha supuesto uno de los hechos sociales recientes de mayor salud democrática, social y científica para España, pues todos somos herederos y responsables de una gestión de un pasado que ante todo debe conocerse y servir para construir una verdadera historia sin excluidos, una historia de todos los bandos, una historia del sufrimiento.